

Sufrimientos de Cristo en la cruz

T. Bunch

Cap. 23

Jesús fue crucificado a las nueve de la mañana, y murió sobre las tres de la tarde. Por lo tanto, pasó seis horas sobre la cruz antes que la muerte pusiera fin a sus sufrimientos. Desde el medio día hasta su muerte se cernieron sobre la cruz densas tinieblas que ocultaron al Sufriente de la vista de la multitud. “Cuando era como la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. El sol se oscureció y el velo del Templo se rasgó por la mitad” (Luc. 23:44 y 45).

Cuando el ladrón se volvió hacia Cristo rogándole: “Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino”, inmediatamente vino la respuesta desde la cruz situada en el centro: “Te aseguro hoy, estarás conmigo en el paraíso” (Luc. 23:39-43). El ladrón no le pidió que lo recordara antes del tiempo de la recompensa, en la segunda venida, momento en el que se establecería el reino de gloria, y Cristo no le prometió un sitio en el paraíso hasta ese momento. Cristo le hizo esa promesa en un momento en el que parecía imposible el cumplimiento de su Palabra. Cuando se coloca la coma en el lugar que le corresponde, según el original (que no incluye la partícula “que”), queda claro el significado. “Te aseguro hoy”: la promesa fue pronunciada en ese día; su cumplimiento pertenecía al futuro. De hecho, el registro bíblico aclara por encima de toda duda que el propio Cristo no fue al paraíso en aquel día. La mañana de la resurrección dijo a María que todavía no había ascendido al Padre (Juan 20:16 y 17). De acuerdo con Apocalipsis 2:7 y 22:1-5, es en el paraíso donde está el trono de Dios. La petición que elevó el ladrón arrepentido fue el único reconocimiento humano sobre la identidad y misión de Jesús durante todo el período de sus sufrimientos, y esa experiencia significó mucho en el fortalecimiento de su fe y valor para la batalla que aguardaba a Jesús.

Los sufrimientos físicos de la crucifixión

Habiendo recopilado información de los registros históricos y del conocimiento científico médico, Geikie da la siguiente descripción gráfica de las torturas propias de la muerte por crucifixión: “El sufrimiento de la crucifixión, del que resultaba finalmente la muerte, provenía en parte de la postura fija y constreñida del cuerpo, así como de los brazos extendidos, lo que ocasionaba dolor intenso a cada

contracción o movimiento del dorso lacerado por los azotes, y de las manos y pies atravesados por los clavos. Estos últimos se clavaban a través de estructuras en las que confluían muchos nervios sensitivos y tendones, de los cuales algunos resultaban seccionados y otros aplastados o desgarrados con violencia. Se producía enseguida la inflamación de las heridas de las manos y los pies, así como en otras partes del cuerpo cuya circulación resultaba comprometida debido a las presiones anómalas existentes. Ello producía una sensación de sed abrasadora y un dolor insufrible. La sangre, que difícilmente podía irrigar las extremidades, congestionaba la circulación de la cabeza, ocasionando un tormento indescriptible. Dado que el corazón no podía bombear la sangre de la forma natural, impedido como estaba por la distensión de la caja torácica, había una dificultad circulatoria de retorno que ingurgitaba las venas. En tales circunstancias la situación habría mejorado mucho si las heridas hubiesen podido sangrar profusamente, pero no sucedía así. El propio peso del cuerpo, apoyado en la estaca fijada al segmento vertical de la cruz, el calor sofocante y los rayos del sol, convertían cada momento en peor que el anterior. Las rampas y las contracturas de los músculos más distantes terminaban en dolorosas convulsiones que se iban haciendo más extensas durante dos o tres días, afectando con el tiempo a partes vitales que traían por fin al sufriente el descanso de la muerte” (“*The Life and Words of Christ*”, p. 781 y 782).

El Dr. Ritcher, médico prestigiado, analizó las fases patológicas de la muerte por crucifixión. La *Cyclopedia of Biblical, Theological, and Ecclesiastical Literature* de Strong, en su vol. 2, p. 590, reproduce estos fragmentos de su tratado a ese respecto:

“La posición antinatural y tensión violenta del cuerpo, que ocasionaba una sensación dolorosa al menor movimiento”.

“Los clavos, introducidos en las manos y pies a través de zonas atestadas de nervios y tendones, producían una angustia indescriptible”.

“La exposición a tantas heridas y laceraciones ocasionaba la respuesta inflamatoria, que solía desembocar en gangrena, y cada minuto que pasaba no hacía más que agravar el sufrimiento”.

“En las partes distendidas del cuerpo, las arterias llevan más sangre de la que logran evacuar las venas, lo que redundo en una congestión de órganos como el cerebro y el estómago. El trastorno circulatorio resultante produce una desazón, ansiedad y malestar peores que la propia muerte”.

“Una sed acuciante y abrasadora”.

“La muerte por crucifixión es, pues atribuible al estado inflamatorio desencadenado por las heridas, agravado por la exposición a la intemperie, a la privación de agua y a la penosa posición corporal. Al estado de inflamación local de las heridas le sigue un estado general febril en correspondencia. En un primer estadio, cuando la inflamación de las heridas se caracteriza por la hinchazón, enrojecimiento y el dolor acuciante, tiene lugar un estado febril en el que la persona nota acaloramiento, dolor intenso de cabeza, una sed indescriptible, inquietud y ansiedad... Si se impide la curación de las heridas y se entra en la fase supurativa, la fiebre se presenta en accesos de gran intensidad, y se produce antes o después el agotamiento de los poderes vitales. No obstante, cuando el grado de inflamación de la herida se traduce en áreas extensas de necrosis, se produce inmediatamente la afectación de los centros nerviosos; y si la causa de ese proceso inflamatorio en torno a las heridas continua, como sucede en la crucifixión, la víctima sucumbe rápidamente. Desaparece su sensibilidad al dolor, pero su ansiedad y estado de prostración son intensos; sobreviene un ataque de hipo, la piel exuda un sudor frío y viscoso, y se produce la muerte. Es de esa forma en la que debía producirse la muerte de cruz en aquellos que gozaban de una constitución sana”.

Torturado

Es evidente que Jesús sufrió muchos de los tormentos descritos con anterioridad, si bien su muerte ocurrió a las seis horas de haber sido clavado en la cruz. Los crucificados solían durar dos o tres días, y en ocasiones una semana o más. Evidentemente, cuanto más tiempo vivían, más penosos eran sus sufrimientos físicos. La naturaleza sensitiva y refinada de Jesús debió sin duda potenciar su percepción del sufrimiento físico, de forma que sus seis horas de agonía bien pudieron equivaler a los dos o tres días habituales en un criminal endurecido. El clamor de Jesús: “-¡Tengo sed!”, no fue sólo un cumplimiento de la profecía del Salmo 69:21: “en mi sed me dieron a beber vinagre”, sino que era también una indicación de la existencia del proceso descrito con anterioridad.

Por terribles que fueran sus sufrimientos físicos, Jesús fue torturado por una angustia mental aún mucho mayor. “Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: ‘Elí, Elí, ¿lama sabactani?’ (que significa: ‘Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?’)” (Mat. 27:46). Como sustituto del pecador, Jesús había de experimentar la desesperación de sentirse totalmente abandonado por Dios, tal como sucederá a todo pecador perdido. Estaba atravesando el horror de esas densas tinieblas en las que ni un solo rayo de esperanza atraviesa la bruma. Sintió en su plenitud esa angustia inenarrable de saberse eternamente separado de Dios debido al pecado. Fue en la cruz donde el Hijo de Dios sintió plenamente el peso aplastante de los pecados del mundo entero. Si sus sufrimientos hubieran consistido meramente en dolor físico, su muerte habría sido mucho menos penosa que la de muchos mártires. Pero el dolor corporal no fue más que una pequeña parte de su agonía.

No es solamente que el peso de los pecados del mundo agravó la angustia de Jesús, sino que fue aún peor la sensación del descontento de su Padre, puesto que Jesús estaba sufriendo la penalidad de la ley quebrantada en lugar del hombre. El ocultamiento del rostro de su Padre produjo en Cristo el sentimiento de que había sido abandonado por Aquel que le era el más próximo y el más querido, ocasionándole el más grande de los pesares y la más indescriptible desesperación. Sintió de la forma más acuciante los resultados de la separación que el pecado ocasiona entre Dios y el hombre. Los mártires murieron todos ellos con la seguridad de la aceptación de parte de Dios, por lo tanto su muerte no se puede comparar a la de Jesús, en su agonía en la cruz del Calvario. Fue eso lo que arrancó de los labios del Mesías sufriente el amargo clamor: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”

El Dr. David Russell afirma que la lucha de Jesús en el Getsemaní, que había resultado temporalmente aliviada por la visita del ángel, se reanudó en el Calvario para que alcanzara su trágico final: “En el Calvario se reprodujo la escena del Getsemaní; nuevamente se le ofreció la copa, y en esa ocasión la apuró hasta el final. En el Calvario su angustia alcanzó la culminación, y arrancó de él la penosa exclamación: ‘Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?’ ¡Misterioso desamparo!, ineludible para la naturaleza de su muerte... Expiró por fin bajo la maldición, no tanto debido al agotamiento de su naturaleza física en razón de su dolor corporal y pérdida de sangre... sino más bien por la implacable presión del tormento mental. Algo que va más allá de lo que la naturaleza humana es capaz de resistir: literalmente

quebrantó su corazón” (*Letters, Chiefly Practical and Consolatory*”, vol. 1, p. 79 –Stroud-).

La muerte vino como dulce reposo a los sufrimientos físicos y mentales de Jesús, pero no antes de que se disipara la impenetrable lóbreguez, y obtuviera la seguridad del amor y aceptación de su Padre. Había descendido hasta las profundidades insondables de la desesperación al pagar el precio de la redención en favor del hombre culpable, de forma que la justicia quedó perfectamente satisfecha. Cuando su corazón se rompía bajo la terrible carga, un rayo

de luz se abrió paso entre las tinieblas, y su aliento agonizante le permitió decir: “-Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Luc. 23:46). Murió en la seguridad de haber cumplido su misión terrenal, de haber vencido al pecado y haber provisto una vía de escape para el hombre culpable. Su clamor: “¡Consumado es!”, el grito de un vencedor, resonó por todo el universo. La muerte triunfante de Cristo vindicó el gobierno de Dios, y “como una sola voz, el universo leal se unió para ensalzar la administración divina” (PP 57).

www.libros1888.com